

Francisco Veiga y Pablo Martín

Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)

Madrid: La Catarata, 2014

Es una obviedad que la Gran Guerra fue el primer episodio del conflicto de treinta años que desgarró la Europa del siglo XX y que acabó cuando el Ejército Rojo tomó Berlín en 1945. Y por supuesto que se trató de una larga guerra civil europea (Traverso 2009).

1. Naturalmente, la primera (y gran) pregunta con la que Veiga y Martín abren su ensayo es ¿por qué comenzó la guerra? ¿Fue un producto inevitable del pasado o la consecuencia de una fatal cadena de errores? Aunque sorprende no encontrar en este libro ninguna referencia a ello, durante décadas varias matrices de opinión habían utilizado explicaciones estructurales para entender el origen del conflicto. En 1910 el miembro del SPD, R. Hilferding (*Das Finanzkapital*) señalaba que la hipertrofia de la esfera financiera en el capitalismo abría lógicas que mal gestionadas desembocarían en una guerra. Lenin en 1916 (*El imperialismo fase superior del capitalismo*) explicaba la Gran Guerra como el espacio natural donde el capitalismo monopolístico estaba resolviendo una suerte de sobrevivencia darwiniana. Décadas después K. Polanyi (*La Gran Transformación*) propuso una idea fuerte: el orden capitalista, como proyecto radical y extremo desde su nacimiento y en su recorrido histórico, siempre se ha autorregulado mediante la guerra, la de 1914 fue un episodio más en su perpetua auto adaptación. Desechadas explicaciones causales que se inserten en las lógicas del capitalismo, aparecen en este libro otras miradas, tributarias de nociones geopolíticas de nuestros días, como aquella que sostiene S. McMeekin, que considera que al igual que la Rusia hoy gobernada por la “prepotencia” de Putin, la Rusia del zar Nicolás II fue el desencadenante básico de la guerra en su obsesivo afán de liderar el destino de la nación eslava a costa de lo que fuera (*The Russian Origins of the First World War*).

¿Y si el origen del conflicto hubiera sido una anomalía histórica? es decir el resultado azaroso de un conjunto de actos equivocados y de malsanas relaciones entre individuos (dirigentes) que adoptaban decisiones trascendentes? O lo que es igual, que la Gran Guerra hubiera sido un Cisne Negro, ante lo cual no habría que buscar explicaciones racionales. La teoría de Cisne Negro popularizada por el matemático libanés N.N. Taleb en 2010 (*The Black Swan*) se refiere a un acontecimiento no esperado, sin que nada en el pasado nos indique su aparición, que genera un impacto potente y al que, a pesar de su rareza, a posteriori se le inventan explicaciones originarias. Pero esto no es nuevo, A. de Tocqueville, visionario en tantas cosas, había intuido un siglo y medio antes el meollo dialéctico necesidad/azar:

Detesto los sistemas absolutos que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de grandes causas primeras que se ligan mediante una cadena fatal bajo la apariencia de verdad matemática...creo que muchos hechos históricos importantes no podrían explicarse más que por circunstancias accidentales, y que muchos otros son inexplicables, en fin que el azar tiene una gran intervención en el teatro del mundo (*Recuerdos de la Revolución de 1848*).

En la minuciosa descripción que C. Clark (*Sonámbulos*) hace de las relaciones diplomáticas y políticas previas a la guerra, no hay nada que indique que el estallido bélico era ineluctable, se trataba más bien de un haz de posibilidades abierto en cualquier dirección. Pero el hecho de que los bonos alemanes se pagaran a máximos históricos en la City de Londres quince días antes de la guerra no quiere decir que el viejo topo belicista no hubiera ya minado el subsuelo de la paz. De la misma manera que en las interminables fiestas de Versalles en julio de 1789 no se quisiera saber que el pueblo de París estaba afilando las hachas, o que ciertos intelectuales de San Petersburgo estuvieran deprimidos tres meses antes de la revolución de 1917 porque “en Rusia no pasaba nada”, como describe Solzhenitsyn (*Noviembre 1916*), o que los círculos elitistas de Buenos Aires no atisbaran lo que se les venía encima con Perón en octubre de 1945 (interesante releer la revista *Sur* del mes anterior).

Claro que hubo gente que supo leer las señales de lo que se avecinaba, y que desde tiempo advertía sobre la maquinaria que conducía al abismo. ¿Qué hicieron, si no, Jaurès o R. Luxemburg (ambos asesinados)?

2. Aunque se nutre de datos ya conocidos, *Las guerras de la Gran Guerra* puede ser utilizado como una aceptable guía para entender la gestión interna de la guerra, la movilización y uso de materiales industriales, la enorme complejidad de la logística desplegada, al tiempo que un test sobre los avances técnicos y científicos aplicados para matar. Para los autores se trató de la revolución industrial convertida en guerra y no tanto de una guerra de la revolución industrial (pág. 156), mirada ésta que los habría situado en la estela de Polanyi. En este sentido el despliegue de avance técnico y capacidad productiva llevados a su máxima tensión durante los cuatro años de guerra indican la poderosa madurez alcanzada por el capitalismo industrial en los países centrales. Por otro lado la magnitud de los ejércitos y la ingente cantidad y novedad de los materiales usados se traducían, para los cuerpos que la soportaban en cráteres y trincheras, en pavorosas tempestades de acero (E. Jünger).

Para la población civil en retaguardia (más allá del dolor por las víctimas) la guerra significó empobrecimiento general, su enorme costo económico corrió a costillas de las clases populares a través del aumento de impuestos indirectos. Por el contrario para industriales y comerciantes la guerra fue una oportunidad de negocios (*business is business*). Renault o Fiat se hicieron grandes fabricando tanques, Krupp cañones y armamento, Leyland camiones para el frente, etc. Si al ejército alemán le faltaban obuses los compraba a Inglaterra, si a Francia acero lo mercaba en Alemania. Amén de millones de toneladas de alimentos y manufacturas que las naciones contendientes comerciaban entre sí. Sin olvidar que tanto el zar Nicolás como el rey George o el kaiser Guillermo eran primos y siguieron durante la guerra escribiéndose cariñosas cartas (“my dear Jorgie” le escribía el káiser). Las cúpulas dirigentes, tanto militares como civiles, parecían asumir las batallas como guerras floridas (según el ritual con que los aztecas concebían las guerras): hoy te cito allí, mañana atacaremos allá, pasado mañana haremos un alto el fuego, respetaremos ciertas normas, etc. Pero nada había de florido; un apunte sobre el número de víctimas da la verdadera dimensión de de la nueva industria de la muerte: los caídos diarios en las guerras napoleónicas fueron 233, en la de Secesión americana 518, en la franco-prusiana 896, en la Gran Guerra 5.500 (pág. 189).

Nunca dejará de acompañar la perplejidad sobre un hecho reseñado por tantos historiadores: tanto la inicial deriva hacia la guerra como su estancamiento durante cuatro años (en las primeras semanas políticos, generales, medios de comunicación y opinión pública estaban convencidos que la guerra duraría dos o tres meses a lo sumo) se debió a un encadenamiento de ineptitudes, arrogancias y prejuicios personales. Efectivamente, a principios de 1915 los jefes militares se

habían quedado sin planes, carecían de repertorios estratégicos, era ya evidente que lo que vendría sería una guerra de posiciones, un empate defensivo estacionado en trincheras, defensa contra defensa, lo que algunos llamarían la “guerra del fango” (frio, barro, piojos y muerte). Y Verdún sería el exponente de ello. La complejidad de los ejércitos no era acompañada por la agilidad para hacerlos rápidos.

3. La fuerte imagen de la guerra de trincheras en el frente del oeste ha restado protagonismo al curso del conflicto en los escenarios del este. Y fue precisamente ahí donde el impacto para la historia futura sería mayor, en primer lugar por el desmoronamiento de la Babilonia cultural que era el imperio austro húngaro, cuyo fin como estado plurinacional dio nacimiento a media docena de nuevas naciones-estado. Y más trascendente aún, como influencia a futuro, la disolución del imperio otomano y la implosión del zarismo en Rusia.

No sería posible pensar las tensiones geoestratégicas de nuestros días, cuyo epicentro sísmico sigue siendo Oriente Medio, sin volver cien años atrás. La alianza otomana con las potencias centrales en 1914 (en la que la que la diplomacia franco inglesa tuvieron mucho que ver) selló la suerte de un imperio, muy debilitado pero con viejas sabidurías en dominios y consensos, que le habían permitido gobernar desde Bosnia a Libia en el Magreb. Previendo la derrota del eslabón débil (Otomanos), Francia e Inglaterra recompusieron, ya en 1916, el mapa de Oriente Medio repartiéndose gentes y territorios (acuerdo Sykes-Picot). La actual Siria y Líbano para Francia, el resto, desde Irán a Yemen para Inglaterra. Desde entonces la injerencia occidental en esta región no ha parado, los saudíes y emiratos del golfo, borrachos de energía fósil, nuestros aliados estratégicos, Israel nuestra avanzada en territorio hostil que se asegura como primer rompeolas en el frente, a Irán reconducirlo (si es necesario por la fuerza) hacia la órbita atlántica, Irak y Siria estados nación, innecesarios en tanto que baluartes tapón, despiezarlos a partir de un proyecto confesional y retrotraerlos territorialmente a lo que eran en tanto que provincias del imperio otomano ¿Queda alguna duda sobre el automatismo de la injerencia occidental en Irak, Siria e Irán en los últimos quince años? (no estaría de más recordar otra vez la genial anatomía que de la “superioridad manifiesta” de occidente hacia lo árabe hace Edward Said).

Pero fue en el escenario de Rusia donde se gestaría la trama que más influencia ejercería a escala mundial en los setenta años siguientes. Con el tiempo hemos visto que el epicentro de la Gran Guerra no estuvo tanto en Verdún como en San

Petersburgo. Y aquí es donde el libro que reseñamos contiene, a mi juicio, mayor valor heurístico. Ya, significativamente, su título lo indica: 1914-1923. Lo que quiere decir que para los rusos la Gran Guerra duró diez años. Más aún, según Veiga y Martín, desde 1918 la guerra cambia de geografía pero no tanto de actores, entre ellos hay viejos conocidos.

Al nuevo ejército popular (Ejército Rojo), surgido de las entrañas de la Revolución de Octubre, reclutado a marchas forzadas entre desmovilizados de la guerra y contingentes obreros bajo el mando bolchevique, se le enfrentaron las potencias europeas (esencialmente Inglaterra y Francia), no tanto directamente (aunque también fue así) como proporcionando logística, materiales y finanzas, y utilizando personas puente tipo Wrangel, Denikin o Kolchak. Es decir generales zaristas trabajando a las órdenes estratégicas de occidente, en lo que hoy se conocería como *proxys war*. Según los autores (en lo que quizá sea el capítulo más minucioso) la guerra civil rusa duró, artificiosamente, siete años por el soporte europeo, sin él se hubiera tratado, en el mejor de los casos, de asonadas militares aisladas de corta duración. Y efectivamente la guerra acabó cuando las potencias entendieron que todo estaba perdido para ellas en Rusia.

En toda la guerra, el mayor acto de rebelión hacia un generalato que conducía a sus jóvenes al matadero, lo habían protagonizado precisamente, a fines de 1916 y principios de 1917, los analfabetos y “primitivos” campesinos rusos vestidos de soldado, no los jóvenes franceses, ingleses o alemanes que venían de largas tradiciones políticas y cosmopolitas. Y fue precisamente allí donde la vida estaba más desvalorizada, donde con más brutalidad se manifestaban las relaciones de clase, donde la liberación se hizo más urgente. O. Figes ha descrito como pocas las condiciones de proteica violencia sobre la que transcurría la vida de los rusos, ya mucho antes de la revolución (*La tragedia de un pueblo: la Revolución Rusa 1891-1924*). Ni Lenin, ni los bolcheviques inventaron la violencia, más bien supieron operar como nadie en las condiciones que venían dadas, y reconducirla hacia una lógica de lo político. A tenor del resultado no hubo nada de impostación, la meteórica popularidad de los bolcheviques y su rápida inserción en los imaginarios populares les permitió crear con relativa rapidez un nuevo, digamos, paradigma mental, consolidar un gigantesco y nuevo bloque hegemónico. Eran, sin duda, quienes habían hecho la mejor lectura del tiempo histórico.

No deja de ser paradójico que, mientras en la Rusia de 1918 se estudiaba con pasión, en su literalidad más minuciosa, la vasta tradición ideológica marxista, en Berlín un veterano senado de dirigentes socialistas, algunos de los cuales

presumían de haber tenido relación especial con Marx (K. Kautsky o E. Bernstein) literalmente daban su visto bueno al asesinato de más de tres mil militantes de izquierda. Como es sabido, la dirección nacional del Partido Socialdemócrata Alemán, (a la cabeza Noske y Ebert) asumieron como misión sagrada extirpar la insurgencia socialista (R. Luxemburg y Liebknecht) y acabar con la experiencia de los consejos de fábrica (*die räte*).

Para el sucio trabajo del asesinato, el Partido Socialdemócrata creó cuerpos especiales de civiles militarizados (FreiKorps) que años después serían el germen de los SS y SA¹.

Claro que en ese momento el SPD ya había perdido la virginidad, hacía cuatro años la mayoría de sus miembros habían votado muy gozosamente los créditos de guerra que solicitó el gobierno alemán para ir al conflicto, y en lo más duro de las batallas siguieron mostrando su inquebrantable lealtad al Káiser.

Alejandro García

Universidad de Murcia

¹ F.Ebert recibía a los soldados alemanes que regresaban derrotados al grito de “yo os saludo soldados victoriosos”, acuñando con ello el mito de la puñalada en la espalda a Alemania tras el tratado de Versalles. Conviene recordar asimismo que la mayor fundación del cultural y política del SPD lleva hoy su nombre.